

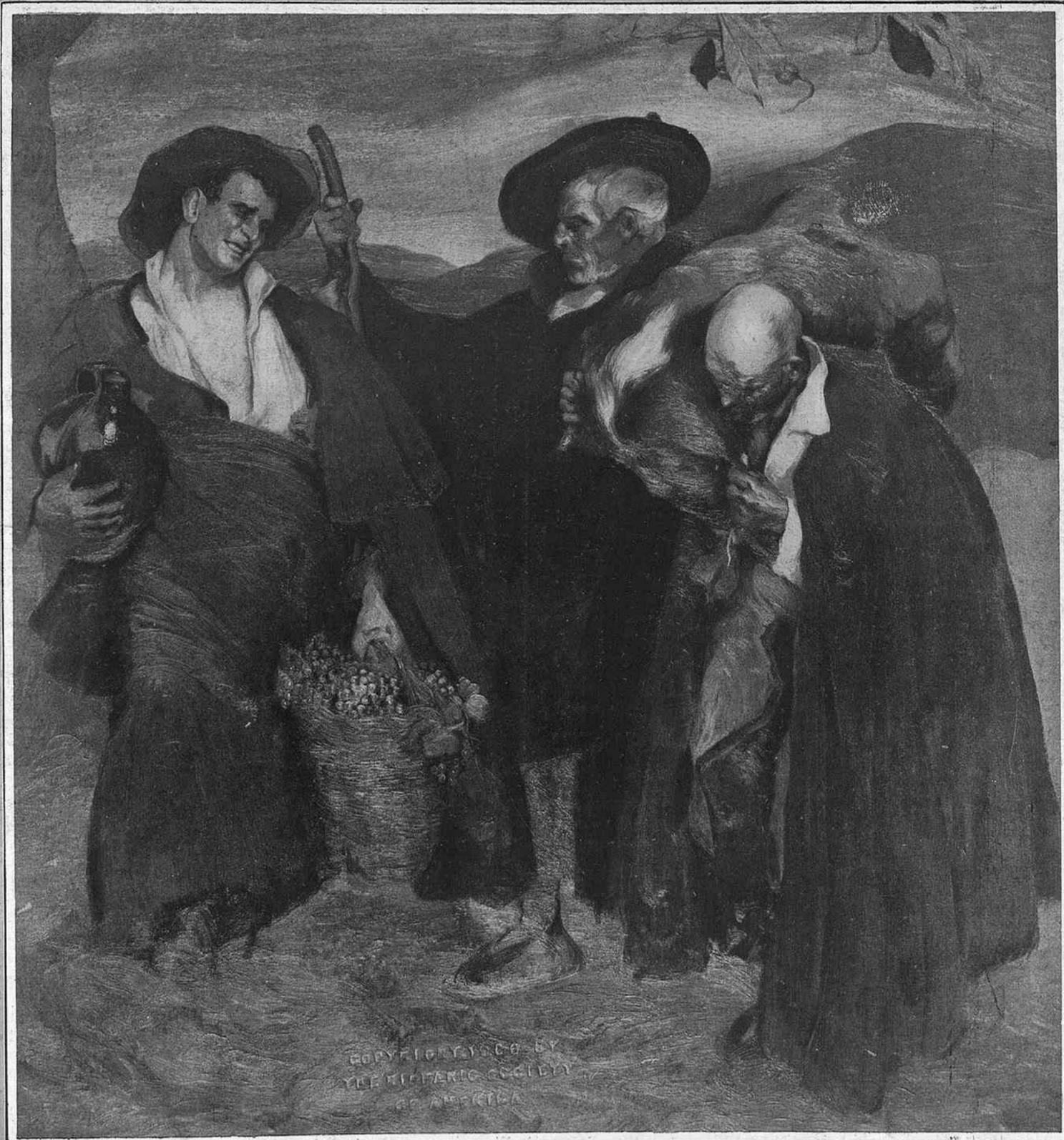
La Ilustración Artística

Año XXVIII

BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1909

Núm. 1.433

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK



LOS VENDIMIADORES

SUMARIO

Texto.—*La Exposición Regional Valenciana*, por B. Morales San Martín. — *Arlés. La glorificación de Mistral*. — *La Exposición Zuloaga en Nueva York*, por Sebastián Cruset. — *Pont-Aven (Bretaña). La romería de las flores de retama*. — *Barcelona. Entierro de Albéniz. Conmemoración del primer centenario de la guerra de la Independencia*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *El globo dirigible «Russie»*. — *El «record» del globo dirigible*.

Grabados.— *Los vendimiadores*, cuadro de Zuloaga. — *La Srta. D.ª Rosa de la Figuera y de Lacerda*. — *Vistas de la Exposición Regional Valenciana*. — *Juana de Arco en reposo*, cuadro de Jorge Joy. — *Laura Lister*, retrato pintado por John Sargent. — *Vistas de la glorificación de Mistral en Arlés*. — *Viejo verde*. — *La bailarina Pauleté*. — *Toros de alca*, cuadros de Zuloaga. — *La romería de las Flores de retama en Pont-Aven (Bretaña)*. — *Barcelona. Manifestación en honor de los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia*. — *El entierro de Isaac Albéniz*. — *El globo dirigible «Russie» y su primera ascensión*. — *Barcelona. Asamblea de editores y libreros de España*. — *Fundación Carnegie. Medalla á los héroes de la paz*.

LA EXPOSICIÓN REGIONAL

VALENCIANA

Eran aquellos primeros días en que febrilmente se estaba construyendo nuestra futura Exposición y durante los cuales el corazón de todo buen valenciano sentía-se oprimido por la angustia, porque no sabíamos si íbamos á un ridículo fracaso ó á un éxito franco y grandioso. El cronista, á pesar del pesimismo de algunos espíritus eternamente descontentadizos de todo, acudía inflamado por entusiástica esperanza á presenciar las obras, y al volver tras corta ausencia, parecíale soñar un cuento de hadas...

Ante sus ojos extendíase una pradera infinita, bañada por las rojizas aguas del Turia, cubierta por un mullido tapiz verde esmeralda con bordados de olorosas florecillas diminutas, como blancas margaritas, como botones de oro, como gotas de sangre brillante y cálida, como huellas azules de los pies de un hada azul, como lágrimas de luz irisada, como desgranadas perlas del collar de Flora.

Y de súbito—al cronista le parecía seguir soñando,—de entre el musgo verde esmeralda y de entre las flores de la pradera ribereña, comenzaban á surgir, modelados por delicados dedos de hada laboriosa, minaretes y obeliscos y cúpulas de un estilo arquitectónico fantástico; inmensas columnatas de puro arte clásico coronadas profusamente de bellas estatuas; palacios riquísimos, fiel trasunto del estilo gótico flamígero; arcos esbeltos; amplios circos; poéticos umbráculos; monumentales teatros y casinos; quioscos elegantes; graderías y terrazas espaciosas; fuentes colosales; atrevidas torres; lagos y jardines salpicados de surtidores...

Todo el soberbio conjunto de edificios palaciales que surgía lentamente del fondo del tapiz de flores y plantas, crecía, agigantábase, convirtiendo la florida pradera en populosa ciudad, en la que el tráfico de la vida no había profanado aún la virginidad y albura de sus flamantes edificios. Y en verdad podía creerse que la ciudad novísima era digna de la fantasía oriental de una princesa levantina condenada á morir por genios maléficos, y que prolongaba su vida por la fuerza poderosa de su ingenio, de su arte y de su voluntad.

Por la nueva Babilonia hormigueaban seres diminutos, sucios de polvo y de yeso, pero activos y diligentes. Eran las hadas benéficas que dejaron los velos y las túnicas de ricas sedas luminosas y se habían convertido en gnomos que cogían la tierra y la apaleaban, y abrían zanjas, y cimentaban muros, y trazaban arcos, y alzaban torres y columnas, y erigían palacios, transformando los floridos campos en una gran urbe moderna, invadida, apenas acabada, por falanges de artistas, de industriales, de poetas, de agricultores, de ingenieros..., por toda una humanidad joven que quiere remozarse y por una humanidad joven que ansía la madurez... Y desde hoy dos ciudades, dos grandes ciudades se levantan en las márgenes del Turia: *la ciudad vieja*, Valencia; la nueva: *la Exposición Regional Valenciana*.

Ambas se miran en el cristal del río inmortalizado por un poeta inmortal: Gil Polo; pero la serenidad de su mirada no la turban los celos; no se envidian;

se aman *la ciudad vieja y la nueva* con amor de madre y de hija. Si acaso, miran, con enojo al Turia que las separa, y no bastándoles los seculares puentes de piedra para comunicarse, tienden otros y otros, por los que el flujo y reflujo humano va y viene sin cesar de la ciudad de los poetas y de los artistas á la de los industriales y de los agricultores, para ver cómo el mundo admira el actual progreso de una región ignorada, desconocida por sus hermanas las restantes regiones españolas; no estudiada aún por quien tiene el deber ineludible de hacerlo.

Y así, apenas se traspone el original y gracioso Arco de entrada de la Exposición, que afecta la forma de puente ó pasarela, se detiene el visitante para admirar las cinco fuentes que rodeadas de jardines



La Srta. D.ª Rosa de la Figuera y de Lacerda, primer premio del Concurso de la Belleza de Valencia, en traje de labradora valenciana. (De fotografía de Moya.)

y pequeños estanques aparecen como gallardas muestras de la inspiración de unos jóvenes escultores, casi niños aún, los Sres. Rubio y Navarro, que comienzan empujando valientemente á los viejos maestros consagrados por la fama y por la crítica.

Tras los jardines que cubren la explanada primera de la Exposición, levántase airoso y soberbio el Palacio de Bellas Artes, proyectado y dirigido por don Vicente Rodríguez, una de las esperanzas más legítimas de nuestra Escuela de arquitectura. El palacio tiene la elevación acostumbrada de los monumentos helénicos. Consta de un piso, formado por larga columnata de 180 metros de longitud, que sostiene una galería adornada con bellísimas estatuas. Al final de la galería, un severo pórtico remata el edificio, coronado por una enorme cuadría regida por Apolo, á cuyos lados dos Minervas dan guardia de honor al dios de la luz y de la poesía. Cuando en las espléndidas tardes levantinas hieren á la dorada cuadría, á Apolo y á las dos Minervas los rayos del sol, arrancándoles áureos y cegadores destellos, dirías que es en Atenas donde nos encontramos y que

son aquellas las estatuas que Fidias labró para el Partenón y cuyos dorados reflejos llegaban hasta el Pireo...

Con el Palacio de Actos y el Gran Casino forma el Palacio de Bellas Artes una gran pista ó circo oval de 180 metros de longitud por 86 de ancho, en el cual se celebran batallas de flores, concursos hípicas, de fuegos artificiales, ciclistas, etc. Este circo tiene una gran visualidad y tan sorprendente perspectiva, que al penetrar en él y columbrar al final de la gran columnata el pórtico coronado por la monumental cuadría, exclamó, el día de la inauguración de las obras de la Exposición, D. Alfonso XIII:

—Esto es magnífico, soberbio. ¡Estoy encantado!

Y el Sr. Maura, que le acompañaba, añadió como comentario de la regia admiración:

—¡Estoy anonadado ante tanta grandeza!

El Palacio Municipal honra á su autor, el joven arquitecto del Ayuntamiento don Francisco Mora, quien ha preferido, dando pruebas de honradez artística y de buen gusto, inspirarse en el arte gótico valenciano, original y suntuoso, á imitar servilmente el arte extranjero ó á darnos una muestra de los extravíos arquitectónicos modernos, tan faltos de sinceridad como de ideas originales. Y así la fachada principal como su amplio pórtico, sus torres coronadas de flamígeras agujas, sus galerías cubiertas por artísticas vidrieras medioevales, todo parece mejor obra de un delicado orfebre que de canteros manuales; y todo acusa un respeto filial y un amor intenso al arte de los maestros Pedro Compte y Juan Iborra, artífices que labraron nuestra Lonja de la Seda. En este Palacio se instalarán todos los centros subvencionados por el Ayuntamiento de Valencia.

Realzan más la grandeza de este Palacio y del de Bellas Artes la pequeñez raquítica del Pabellón de los Reales Patrimonios y el nada espléndido de la Diputación. El Palacio asilo de lactancia levántase á espaldas del Palacio Municipal y es de admirar la sencillez y elegancia de su fábrica.

Los Palacios de Agricultura y de Fomento son hermosos y un acierto del arquitecto D. Francisco Almenar. Forman los lados de un inmenso óvalo abierto por uno de sus extremos y cerrado por el opuesto por la colosal Fuente y Cascada luminosa y por los Pabellones para los concursos de ganadería. Constan aquéllos de una parte central, cubierta por cúpulas octogonales, de 700 metros de superficie, con dos alas laterales de 55 metros, en parte cubiertas y en parte á modo de amplias terrazas. En los extremos se levantan dos pabellones de 400 metros de superficie cada uno. Por su atrevida construcción y original y suntuoso decorado, se ofrecen como los palacios más interesantes de la Exposición, excepto los de Bellas Artes y Municipal.

El Salón de Actos es otra pieza soberbia, decorado interiormente de blanco y oro; es grande y espacioso, como todos los palacios descritos, y hecho *ad hoc* para los solemnes actos que en él han de celebrarse.

Diseminados por el recinto de la Exposición aparecen, después de los descritos, el Teatro Circo, el Palacio de la industria abaniguera, el de Arte retrospectivo, el gracioso Umbráculo, el Pabellón de la Junta de Obras del Puerto y la reproducción de éste en facsímil al natural, y cien y cien instalaciones particulares, bellas, suntuosas y elegantes, rodeadas por las de los jardineros valencianos, oasis floridos y perfumados, por bars, restaurants, quioscos, montañas rusas, galerías de máquinas, cada una de cuyas descripciones no cabe en una crónica. Ante tanta grandeza y variedad del esfuerzo y del ingenio humano, una reflexión surge en la mente del cronista:

—Barcelona, la ciudad grande y laboriosa, es más grande aún después del titánico esfuerzo de su Exposición Universal, magnífica y ejemplar. Valencia, su hermana, que despierta inspirándose en el ejemplo de Barcelona, resurgirá potente y viril; y después de los días de su Exposición Regional, un porvenir de ventura y de bienestar, legítimamente conquistados, le espera...—B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, 6 de junio 1909.

EXPOSICIÓN REGIONAL
VALENCIANA

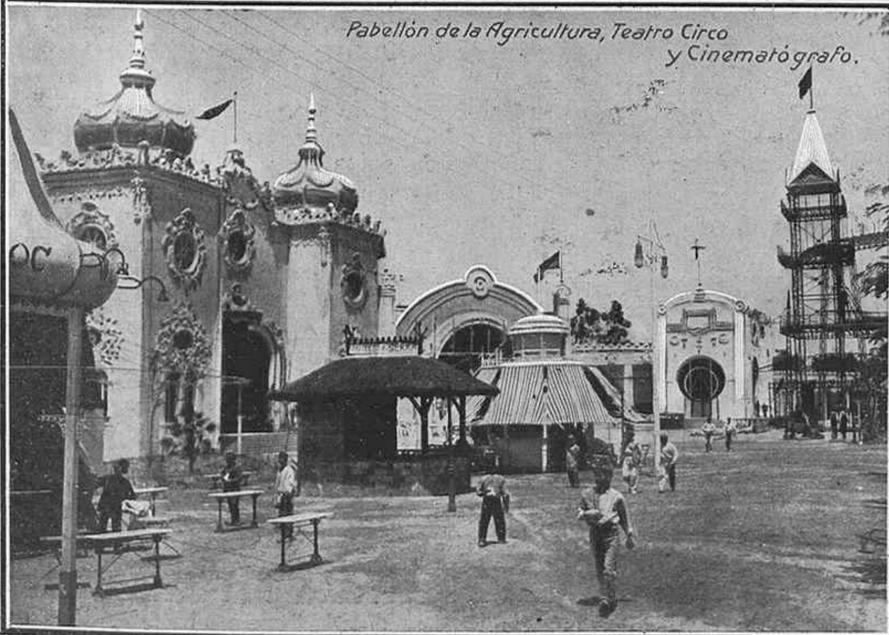
El arco de entrada visto desde el interior
de la Exposición.



Palacio del Gran Casino.



Vista parcial de la gran pista con la Cuadriga.



Pabellón de la Agricultura, Teatro Circo
y Cinematógrafo.



Palacio del Ayuntamiento de Valencia.

VISTAS DE ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES CONSTRUCCIONES DE LA EXPOSICIÓN. (De fotografías de F. Moya.)



Juana de Arco en reposo, cuadro de Jorge Joy, que figura en el Museo del Luxemburgo de París

ARLÉS.—LA GLORIFICACIÓN DE MISTRAL

Con motivo del cincuentenario de la publicación del inmortal poema *Mireya*, hanse celebrado en Arlés grandes fiestas en honor de Mistral, el eximio poeta, el felibre entusiasta, el patriarca venerable, encarnación del espíritu poético de la bella Provenza.

Todo el país provenzal ha tomado parte en el homenaje, al que también se han asociado el gobierno francés y algunas personalidades extranjeras tan ilustres como la reina de Rumanía y la reina Amelia de Portugal, representadas respectivamente por el príncipe Cantecuzeno y por el cónsul portugués Mr. Howaks; delegado de los Estados Unidos; el cónsul real sueco Sr. Westrup, en representación de Suecia y especialmente del Instituto Nobel; el doctor Buckers, director del Museo Alsaciano de Estrassburgo, y otras.

Comenzaron las fiestas con una *pegoulade* ó marcha de las antorchas que se efectuó en la noche del 28 de mayo, en la que figuraron soldados de infantería y caballería, guardias en traje provenzal, algunos de ellos montados y llevando á la grupa hermosas muchachas, bandas militares, de trompetas, de tambores y tamboriles, que formaban un conjunto en extremo pintoresco.

Al día siguiente inauguróse con gran solemnidad el *Museon Arlaten*, fundado por Mistral en 1899 en el edificio que fué Tribunal de Comercio, y trasladado posteriormente, cuando Mistral obtuvo en 1904 el premio Nobel, al magnífico palacio Laval, del siglo xv, hoy bautizado con el nombre de «Palacio del Felibrige.» Este Museo, al que el poeta dedicó todo el importe del citado premio, es un resumen arqueológico de la antigua Provenza y una colección de cuanto actualmente caracteriza al pueblo provenzal.

Presidió la ceremonia Mistral, acompañado de su esposa y de la hija del felibre Roumanille, y asistieron á ella las personalidades antes citadas y un público numerosísimo.

Mistral, emocionadísimo, pronunció un sentido discurso dando las gracias á cuantos habían contribuido ó colaborado en el Museo y terminando con es-

tas palabras: «Estoy muy contento porque esta fiesta no es sólo la fiesta del felibre de Maillane, la fiesta de Federico Mistral, sino que es la fiesta de Provenza, la fiesta de la poesía, la fiesta de la Francia po-

pastor, del boyero, de todos. ¡Y viva la raza de Provenza! ¡Y viva la bella Francia, madre de la Provenza!»

Hablaron después el subprefecto, la reina del Felibrige señorita Bichoffsheim de Chevigné, el alcalde, el presidente del Consejo general de las Bocas del Ródano y el cónsul de Suecia. La ilustre cantante Emma Calvé entonó algunas melodías provenzales que fueron coreadas por todos los concurrentes, y el eminente actor Mounet-Sully recitó algunas de las más inspiradas composiciones del maestro.

El domingo, día 30, por la mañana, inauguróse la estatua de Mistral, obra de Teodoro Riviere, erigida en la plaza del Forum. Cuando aparecieron en la tribuna oficial el poeta y su esposa, seguidos del subsecretario de Estado de Bellas Artes señor Dujardin Beaumetz, de las autoridades y de las representaciones de corporaciones y altas personalidades, estalló en la plaza, que estaba enteramente llena, una ovación estruendosa, que se reprodujo aun más formidable cuando, después de los discursos del Sr. Roux, del alcalde de Arlés, del Sr. Vogüé, en representación de la Academia, y otros, y de haber recitado Mounet Sully *Le lion d'Arlés*, de Mistral, el Sr. Dujardin-Beaumetz puso á éste las insignias de la Legión de Honor. Fué aquel un momento de emoción intensa; el poeta, arrasados los ojos en lágrimas, quiso hablar y no pudo; sólo al cabo de unos minutos consiguió decir algunas palabras de agradecimiento y recitó los primeros versos de su *Mireya*, que fueron coronados con estruendosas aclamaciones.

Por la tarde cantóse en las Arenas la ópera *Mireille*, de Gounod, que cantaron notables artistas y en la que tomaron parte una porción de lindas muchachas de Maillane; la farandola fué bailada por jóvenes y muchachas del país. Terminada la ópera, Mounet Sully recitó una poesía de María de Sormiou dedicada á *Mireya*.

Las fiestas que á su poeta ha dedicado Provenza han sido hermosas;

Francia entera ha estado en ellas representada, contribuyendo todos los franceses á la grandiosa apoteosis del inmortal poeta.—R.



Laura Lister, retrato pintado por John Sargent

pular, porque pronto vais á ver todo lo que el pueblo ha dado para contribuir á la belleza del museo, que es la obra de la raza, vais á ver el trabajo del

ARLÉS.—LA GLORIFICACIÓN DE MISTRAL. (De fotografías de M. Branger.)



Mistral escuchando los discursos.



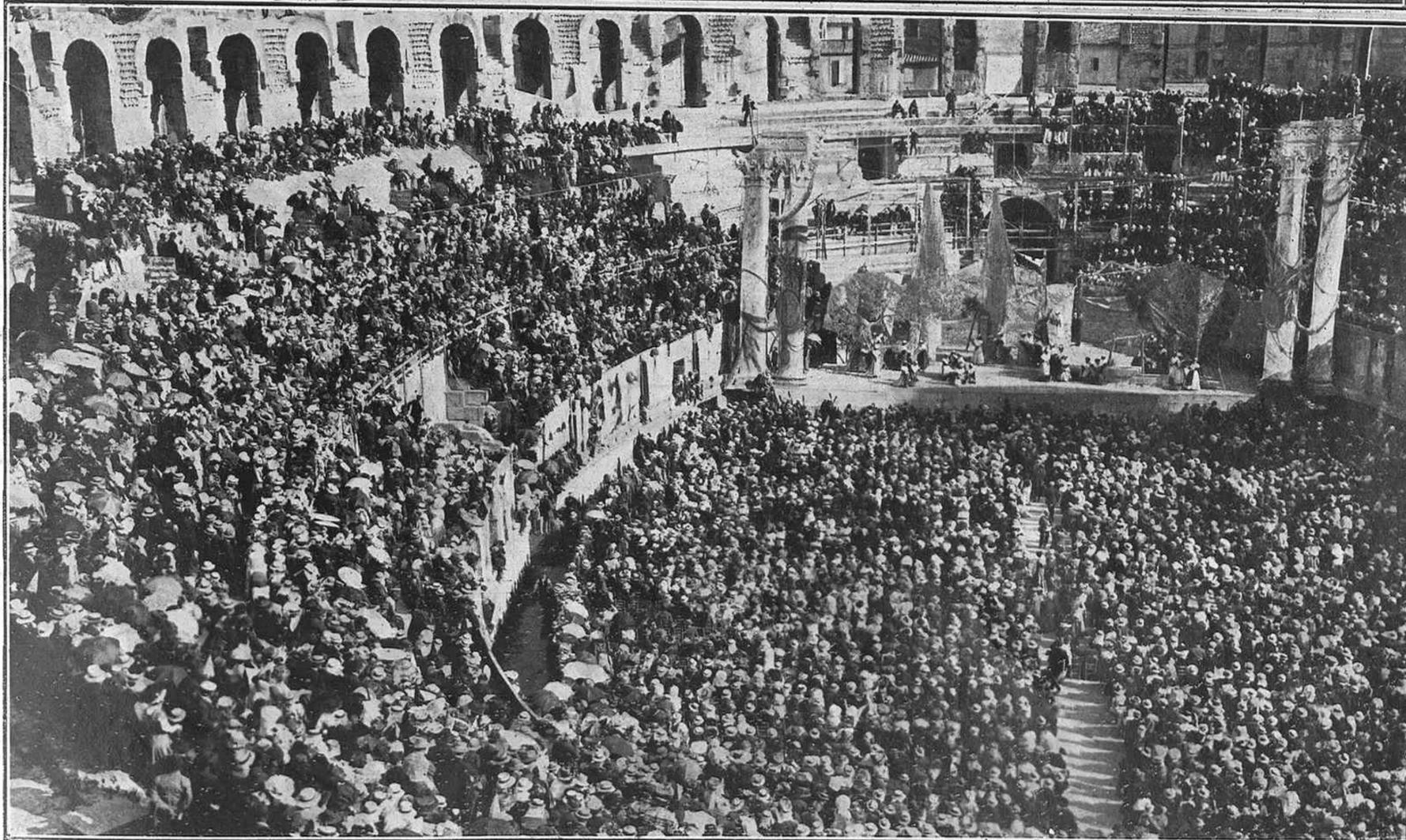
El Sr. Roux leyendo su discurso.



Dujardin-Beaumetz y Roux poniendo á Mistral, en nombre del gobierno, las insignias de la Legión de Honor.



Farandoleros á caballo.



Representación de la ópera de Gounod «Mireille» en las Arenas de Arlés ante 30.000 espectadores

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK

Mientras las obras del pintor Sorolla están llamando la atención en el Museo de Buffalo, aquí en Nueva York son las del pintor D. Ignacio Zuloaga, instaladas en el mismo Museo Hispánico, donde se distinguieron tanto las del primero. Aquella admiración unánime de todo el mundo por las obras de Sorolla no se manifiesta ahora con las de Zuloaga; la prensa no se ocupa tanto de sus obras, el público acude en menos número y la apreciación general es menos simpatizadora.

A Sorolla le han llamado el pintor del sol; á Zuloaga le apellidan el pintor de la sombra.

Y es que esas manifestaciones artísticas de uno y otro difieren en calidad. El primero expuso 352 obras, en su mayoría escenas sacadas del natural, con todos aquellos matices que siente el pintor colorista, y sorprendiendo aquellas felices disposiciones de la vida actual, positiva, de las sonrientes playas valencianas, y un número de retratos de personajes ilustres. El segundo cuenta con 38 cuadros de tonos sombríos y de escenas más bien lúgubres; pues aun cuando sus figuras de manolas, petimetras, toreros y bailadoras parecen reír y moverse en garbosos ademanes, se hallan de tal modo envueltas en un ambiente y sentimiento severo, que en vano se espera aquella gracia tan conocida del carácter español.

El público experimenta un cierto desencanto á la vista de estas representaciones de tipos y asuntos más bien denigrantes, tanto más sensibles cuanto más estudiadas son estas pinceladas severas y entonaciones tristes. Estas mismas escenas pintadas con colores que recordaran aquella luz y atmósfera de España, aquella alegría especial que se respira aun en la clase pobre y dentro de las construcciones rústicas, impresionarían indudablemente mejor al americano, quien tiene la vista educada y sabe apreciar la representación de la verdad.

Así sería de los cuadros en extremo convencionales *El enano Gregorio* (1), *Vendimiadores*, *Septilveda*.

Sin embargo, algunos críticos ponderan bien el talento de Zuloaga. Mr. Huncker, en el *New York Sun*, se expresa así: «El uno (Sorolla) es la impersonalidad de la llama, del día claro; el otro todo es personalidad, ocupada en caprichos nocturnos, diabolismos, perversidades, crueldades y furores voluptuosos.» Refiriéndose al cuadro *Las brujas de San Millán* (2) exclama: «...En seguida ustedes piensan en los caprichos de Goya. Esa hechicera con la ruca cuya cara está pintada con la fidelidad propia de Holbein; el perfil monjil de esa bruja agachada cerca de la linterna; esa repulsiva criatura con espejuelos, todas ellas y especialmente esta anónima con caperuza y además ese fondo lúgubre y terrible, un país seco y duro como una cernada volcánica, hacen un conjunto espantoso.»

(1) Publicado en el número 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(2) Publicado en el número 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Otro crítico se expresaba así: «Estas caras admirablemente pintadas son ciertamente de mujeres viejas, feas, pobres y arrugadas, pero todavía son mujeres buenas; su semblante no acusa aquel interior diabólico y terrible que se atribuye al tipo de la bruja.»

En otro cuadro, *Le vieux marcheur*, cuenta mister Huncker: «Es tan moral como Hogarth y tan amargo como Rops. Dos señoras están pasando un puen

Su mejor cuadro es sin duda *Mlle. Lucienne Breval en Carmen* (3), que ha comprado el Museo Hispánico. En este cuadro, como en los de *Las brujas*, *El cantor de Montmartre*, *Paulette en danseuse* y en el *Actor Zambilli*, las notas oscuras tienen su razón de ser; la entonación misteriosa y caliente del primero, el colorido frío y apagado del segundo, están bien de acuerdo con la representación de la escena.

El cuadro *Los vendimiadores* da buena idea de la maestría de Zuloaga en su manera de pintar fundiendo las pinceladas en grandes rasgos y masas, y su gusto por las notas oscuras llega al extremo de sacrificar los efectos del aire libre, á la apariencia de un cuadro pintado cien ó más años atrás.

El Sr. Zuloaga tiene muchísimo talento y sabe pintar con color en pasta; también sabe pintar, si quiere, asuntos simpáticos, y éstos debe pintar para exponer aquí en Nueva York, al menos si desea lograr mejor aplauso y beneficio.

La Sociedad Hispánica también ha nombrado á Zuloaga, como á Sorolla, miembro de la misma y le ha premiado con una medalla de plata.

La medalla que reprodujimos en el número 1.431 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ostenta en el anverso la siguiente inscripción: «*Dichosos aquellos á quienes el genio ha inspirado.— Son como estrellas, suben y se ponen.— Logran la adoración del mundo, pero no el reposo.— La Sociedad Hispánica de América.*» En el reverso, se lee: «*...Aquella luz que inflama el universo... Inspiración.*»

Ambos artistas pueden estar orgullosos de haber sido los primeros que, por me-

diación de la Sociedad Hispánica, han representado gloriosamente el arte español en estas tierras de América.

Y en cuanto á la Sociedad Hispánica de América, España debe agradecerle su obra altamente patriótica, pues en esas exposiciones ha demostrado ser el Mecenas americano del arte español, iniciándolas, llevándolas á feliz término, presentándolas con verdadera magnificencia, costeadando todos los gastos de las mismas, que han importado muchos miles de dólares, y adquiriendo cuatro cuadros de Sorolla y dos de Zuloaga, pagados á buenos precios.

La lección que se desprende del éxito de las exposiciones de Sorolla y de Zuloaga constituye una esperanza en extremo halagüeña para el arte de nuestra patria, pues éste, gracias á ellas, se ha abierto el mercado de los Estados Unidos. Pero además, las mencionadas exhibiciones, especialmente la del pintor valenciano, han despertado en muchos norteamericanos el deseo de conocer la realidad de lo que en las telas han visto reproducido, y no serán pocos ciertamente los que realizarán, á consecuencia de ellas, un viaje á nuestra península.

SEBASTIÁN CRUSET.

Nueva York, mayo de 1909.

(3) Publicado en el número 1.382 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

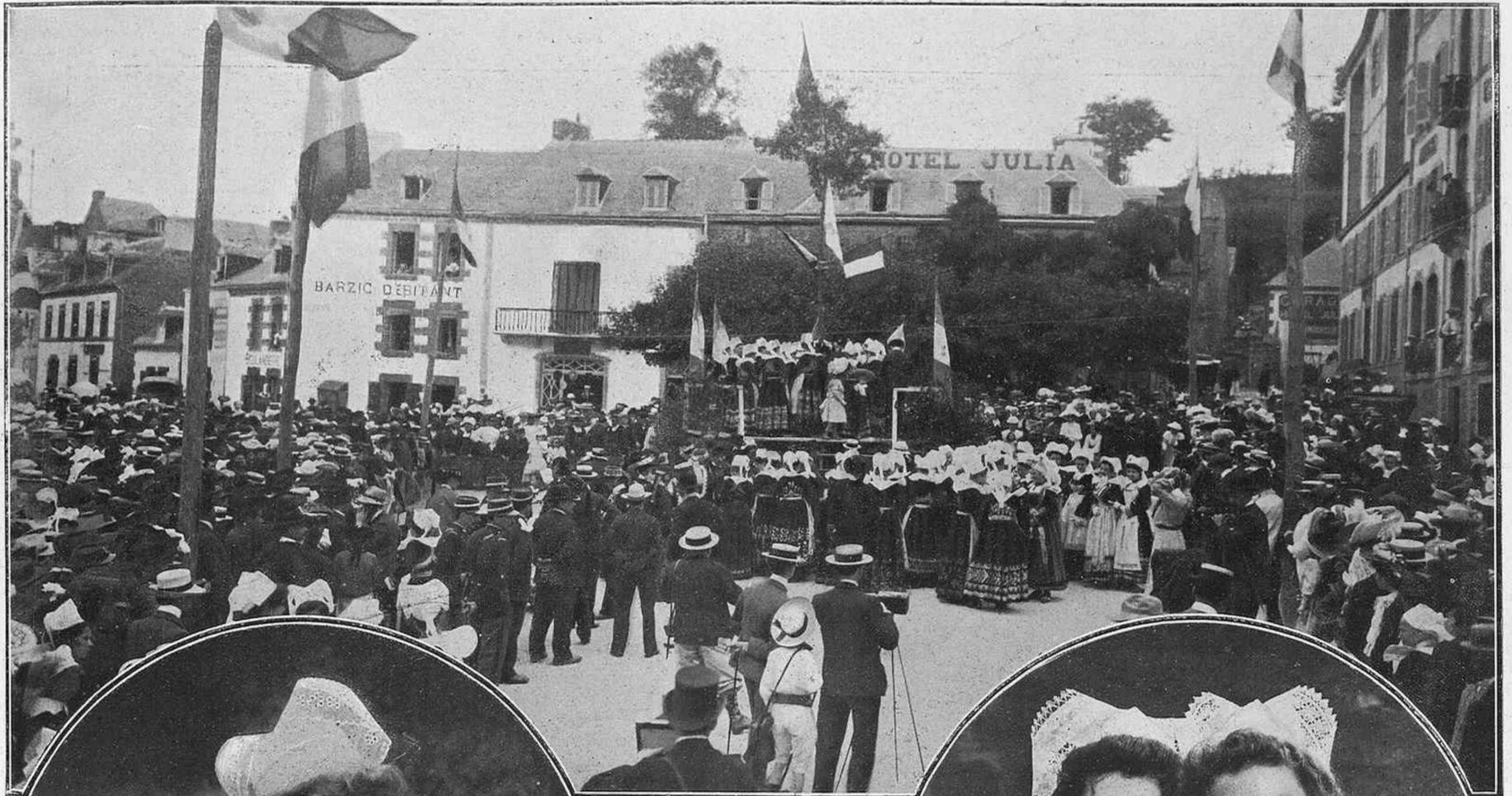


Viejo verde, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición de Nueva York.)

te; su realidad impresiona á la retina de un modo maravillosamente definido. Ellas viven, ellas caminan. La una viste de verde salpicado, la otra de negro. Un venerable minotauro las persigue. Viste de etiqueta; su corbata blanca y sombrero de copa forman un respetuoso contraste con su semblante de fatuidad—el marqués de Steyné caminando.—La expresión vivaracha de las niñas, que parecen estar haraganeando, nos dicen más en una mirada que un capítulo de Flaubert, Zola ó de Maupassant. ¿Será necesario añadir que la ejecución les deja á ustedes respirar por su facilidad consumada y la realización de efectos buscados?»

El mismo crítico continúa: «¡Qué verbo, qué presión, qué entrañas humanas tiene este español! Un hombre, no un profesor de métodos académicos. Él no tiene escuela; es una escuela en sí mismo. Si se le han escapado otros episodios y aspectos más serenos y poéticos de la vida, esto prueba que no es un filósofo contemplativo. La forma siniestra que se nota en algunos de sus lienzos no arguye la existencia de una bestia espiritual; sólo es el reconocimiento de la perversidad de la vida. No es muy agradable ni alentador, mas esto es parte del artista y está muy arraigado en su alma española, junto con la ironía áspera y un espíritu cruel de burla. Zuloaga rehúsa seguir los ideales de otros hombres, y pinta lo rudo como rudo; si la orquesta es brutal, al menos no es lasciva.»

PONT-AVEN (BRETAÑA).—LA ROMERÍA DE LAS FLORES DE RETAMA. (Fotografías de Carlos Trampus.)



Un premio del concurso de trajes

Pont-Aven, aldea bretona denominada «El Paraíso de los pintores,» pueblase todos los años, cuando llega la primavera, de artistas de los barrios parisenses de Montmartre y de Montparnase, que allí acuden para inspirarse en aquellos paisajes y buscar asuntos para sus cuadros en las antiguas leyendas, en las costumbres, en los trajes de tan pintoresca región.

Allí también pueden deleitarse los artistas presenciando la «Romería de las Flores de retama,» que todos los años congrega en Pont-Aven á las mayores notabilidades bretonas y á lindas muchachas que visten los trajes reputados como más ricos y más elegantes de la Bretaña.

Un lindo gorro, cuyos delicados encajes y cuyas alas, apenas descansando sobre la cabeza, muévense graciosamente á impulsos del viento; un cuello inteligentemente rizado y doblado del cual emerge una garganta deliciosa; una falda negra enteramente guarnecida de adornos de oro y plata y de rico terciopelo, tal es el traje de las pontavenesas.

De este modo ataviadas, las muchachas de la comarca se reúnen, el día de la fiesta, en la plaza del pueblo y proceden á la elección de la Reina de las Flores de retama y de sus doncellas de honor, que aportan á esta manifestación de arte y de poesía los encantos de su gracia, de su belleza y de su juventud.

La reina y su corte, montadas en un carro enorme, adornado con flores de retama y de brezo y ti-



El concurso de trajes.—La Reina de las Flores de retama

rado por cuatro bueyes engalanados también con guirnaldas de hojas, toman posesión de su aldea. La efímera soberana viste de raso blanco y ostenta como cetro la rueca, que conservará toda su vida y traerá siempre á su memoria el grato recuerdo de aquella gloriosa jornada. Atraviesa la población entre una inmensa multitud de bretones y bretonas, que la aclaman en su lengua regional y se encamina á la iglesia, en donde asiste á la misa y á la bendición, y terminada la ceremonia religiosa, preside el concurso de *binious*, especie de cornamusa bretona.



Dos premios del concurso de trajes

Decir que el *biniau* es un instrumento armonioso sería una exageración; pero en aquel escenario natural y gracias sobre todo al entusiasmo de los tocadores, que soplan y se agitan, beben grandes vasos de sidra y vuelven á soplar y á agitarse, el concurso adquiere un color local en extremo interesante y ofrece encantos imprevistos.

Después de este concurso, celébrase el desfile de ropajes antiguos de los cuatro cantones de la Bretaña es un espectáculo como pocos brillante y pintoresco.

Otorgados los premios, fórmase el cortejo que se encamina al «bosque del amor,» poético nido de verdura adosado á la vertiente de la próxima colina. Allí ha dispuesto el Ayuntamiento un teatro popular, en cuya instalación han colaborado todos los artistas presentes en Pont-Aven, los unos pintando decoraciones, los otros adornándolo bellamente y todos aguzando su ingenio para que aquel pequeño escenario levantado en plena naturaleza sea una obra de buen gusto y un sitio en donde se respire intimidad.

En aquel tablado recitan inspiradas composiciones el célebre bardo bretón *Betrel* y su esposa, y otros bardos comarcanos entonan sentidas trovas.

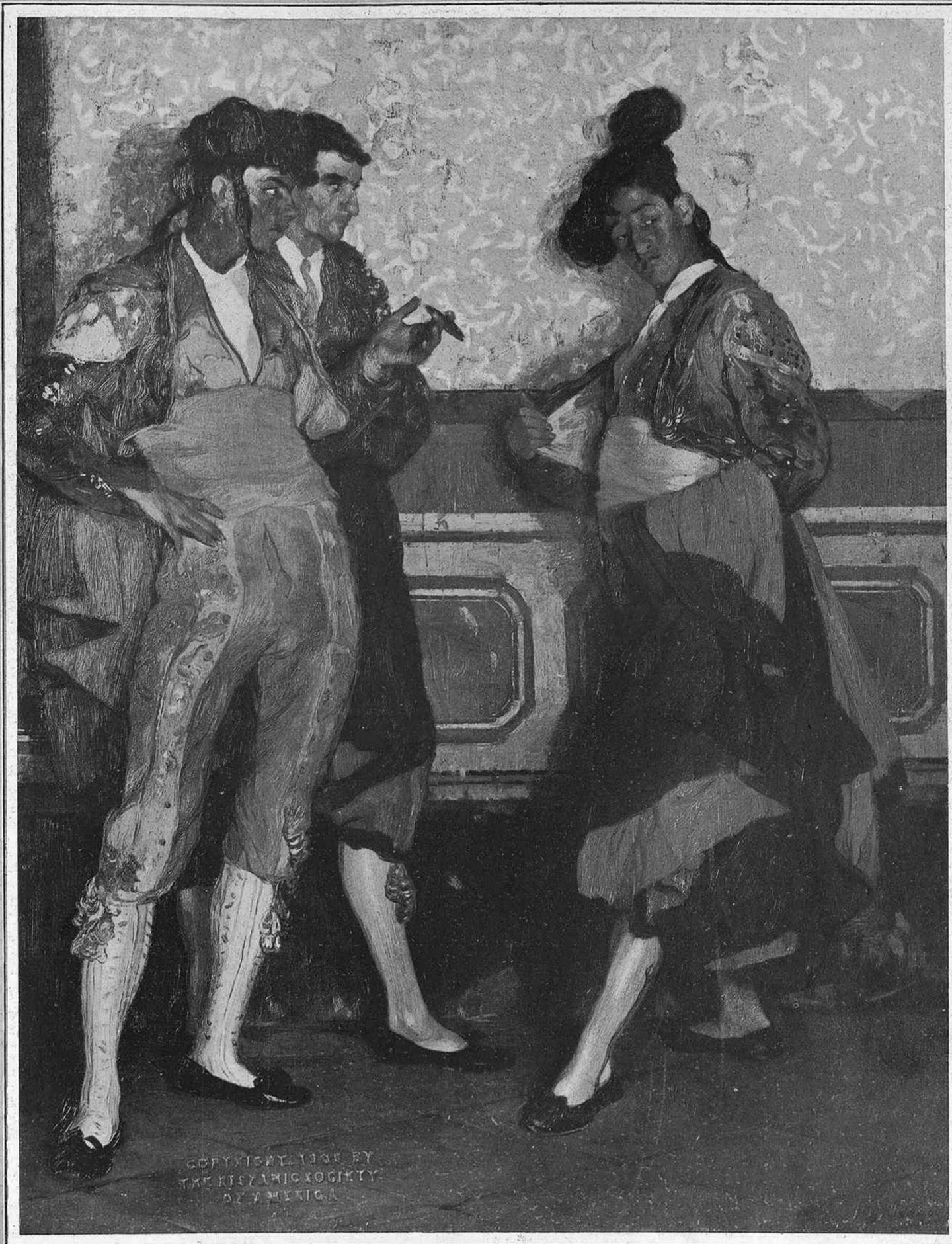
Y cuando cae la noche, la representación concluye y con ella acaba la «Fiesta de las Flores de retama,» esa hermosa manifestación de los arraigados sentimientos de un pueblo amante como pocos de su poesía y de su tradición, á las que rinde el más fervoroso culto.—P.

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK



LA BAILARINA PAULETTE

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK



TOREROS DE ALDEA



Barcelona.—Manifestación cívico-religiosa en honor de los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia

BARCELONA.—ENTIERRO DE ALBÉNIZ
CONMEMORACIÓN DEL PRIMER CENTENARIO DE LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA

En un mismo día, el 6 del corriente, realizáronse en esta capital dos actos grandiosos y solemnes: por la mañana, el entierro del eminente compositor y pianista Isaac Albéniz; por la tarde, la manifestación cívica para trasladar á su definitiva sepultura los restos de los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia. En un mismo día, pues, nuestro pueblo rindió culto á dos grandes ideales, el arte y la patria, y lo hizo de una manera digna, espontánea, entusiasta, poniendo en ello el rico caudal de sentimiento que atesora.

El cadáver de Albéniz había sido trasladado á esta ciudad y depositado en la estación de Francia, en donde se organizó el entierro. Cuando fué sacado el féretro de la cámara ardiente, la banda municipal tocó la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses*, y cuando salió al andén, el clero entonó un responso y el «Orfeo Barcelonés», dirigido por el maestro señor Serra, cantó fragmentos de la misa de Requiem de Faure.

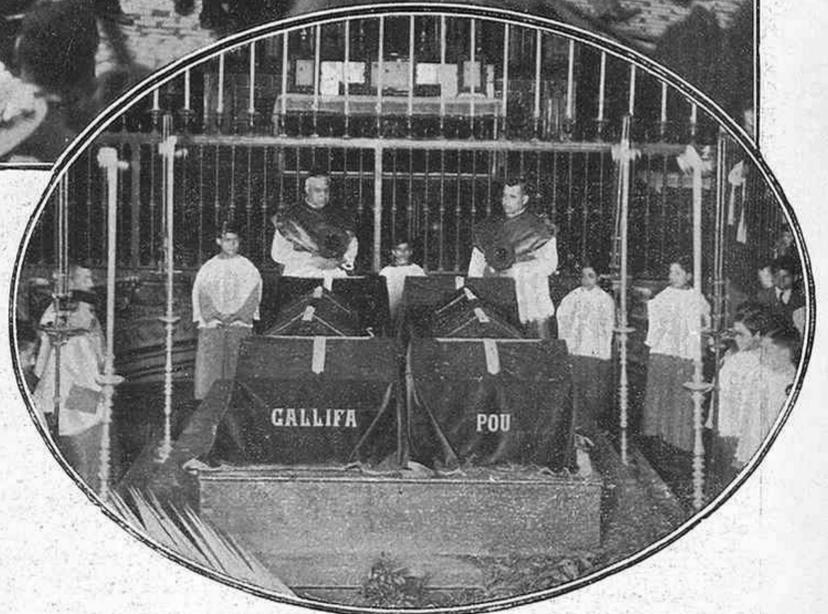
Formóse luego la comitiva por el orden siguiente: guardia municipal montada llevando la bandera de la ciudad enlutada, varias corporaciones con sus estandartes, el féretro cubierto de coronas y flores y cuyas gasas llevaban los Sres. Mas y Serracant, por la Academia, Granados; Fuster, por el Círculo Artístico; Martínez Imbert, por la Sociedad Económica de Amigos del País; Vallés y Ribot, por los diputados á Cortes

Conservatorio de Música, y Seguí, por la colonia veraniega de Tiana: Seguían cuatro coches llenos de coronas, el duelo formado por D. Alfonso Albéniz, hijo del difunto, el gobernador civil, el alcalde accidental, el diputado á Cortes Sr. Bertrand y Serra, en representación del Ayuntamiento de Camprodón, y representantes de la Diputación Provincial, del presidente de la Audiencia y de la comisión organizadora del homenaje, y finalmente las corporaciones oficiales, científicas, literarias, artísticas y económicas en número incalculable y un público inmenso.

Al pasar el entierro por la Escuela Municipal de Música y por el Conservatorio, los alumnos de una y otro arrojaron gran cantidad de flores sobre el coche mortuario.

Las calles que recorrió el fúnebre cortejo estaban llenas de gente, lo mismo que los balcones de las casas, muchos de los cuales ostentaban colgaduras.

El hecho que se conmemoró por la tarde es, trazado á grandes rasgos, el siguiente.



Los féretros de Gallifa, Pou, Massana, Aulet, Navarro, Lastortras, Portet y Mas en la cripta de la catedral

El 11 de mayo de 1809. La señal del levantamiento era un cohete que debía dispararse en el castillo de Montjuich; pero por causas que se desconocen la señal no se efectuó, lo que hizo temer á los conjurados que habían sido descubiertos. A pesar de ello, siguieron conspirando, y quizás habrían podido realizar su plan, si la misma traición del capitán Provana, que fingió ser amigo de los españoles para delatarlos luego á la policía extranjera, no hubiera hecho inútiles todos los esfuerzos. Masana y Aulet fueron presos el 14 de mayo, y á las pocas horas corrían la misma suerte los PP. Pou y Gallifa y el subteniente Navarro. Condenados á muerte, fué ejecutada la sentencia el 3 de junio. El pueblo, que veía en aquellos cinco héroes la personificación de su independencia, intentó en vano salvarles de la muerte. Fracasados por falta material de tiempo los trabajos que se realizaron para organizar un movimiento decisivo de acuerdo con las tropas del llano y la escuadra inglesa, ya no hubo esperanza; pero tres valientes menestrales, Lastortras, Portet y Mas, quisieron aún intentar un esfuerzo supremo: se introdujeron furtivamente en el campanario de la catedral, y al ser arrojado Masana de lo alto de la horca, el toque de somatén hizo cundir la alarma entre los dominadores; pero todo fué inútil, porque la ciudad estaba ocupada militarmente y los cañones con la mecha encendida esperaban el primer aviso para destruirla.

Después de permanecer 72 horas escondidos en los fuelles del órgano de la catedral, aquellos intrépidos jóvenes, vilmente engañados por la promesa del perdón que sus perseguidores les hicieron, se entregaron rendidos ya por el hambre y por la sed. Condenados á muerte á los pocos días, compartieron la corona de la inmortalidad con aquellos á quienes generosamente intentaron libertar.

La traslación de los restos de los ocho mártires á su definitiva sepultura, que es una capilla de los claustros de la catedral, fué una manifestación imponente, en la que tomó parte todo el pueblo barcelonés, autoridades, clero, corporaciones, gremios, círculos; en una palabra, todos los elementos de esta capital y todas sus clases sociales. Además asistieron al acto los somatenes de muchos pueblos de Cataluña. Cada féretro iba conducido en un armón de artillería y acompañado por representantes de la clase, gremio ó profesión del héroe cuyos restos contenía.

El paso de la comitiva fué presenciado por una gran multitud y en muchos sitios arrojáronse flores sobre los ataúdes.

De regreso en la catedral, los féretros fueron colocados en la cripta, y después de haber entonado el cántico y la capilla de música un responso, trasladados a la capilla de San Gabriel, en donde quedaron depositados hasta el día 8, en que se procedió solemnemente á su sepelio.

(Fotografías de A. Merletti.)



Barcelona.—El entierro de Isaac Albéniz al salir de la estación de Francia

por Barcelona: Llanas, por la Sociedad de Autores Españoles; Lamothe de Grignon, por la Asociación Musical; Pellicer, por la Escuela Municipal de Música; Sánchez Gavagnach, por el

El pueblo de Barcelona, ansioso de sacudir el yugo de los franceses, había organizado, á costa de grandes sacrificios, una gran conspiración que debía estallar á las doce de la noche del

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Madre é hijo se unieron en un prolongado abrazo

—Sí, quizá tengas razón, dijo la comadrona.
 —Más vale obrar con prudencia, y sin descubrirme, dejarles creer á los dos que he desaparecido para siempre... Entonces trataremos de dár con la niña. Cuando la tenga, tendré también á la madre..., y si adquirimos la prueba de que hizo desaparecer á mi hija, tendremos sólidamente cogido al Sr. Laroche.
 —Sí, tienes razón, hijo mío, declaró la señora de Favreuse, y yo te ayudaré con todos los medios que estén á mi alcance en la misión que emprendes.
 Mientras su hijo hablaba, la comadrona había reflexionado.
 En aquella empresa, su amor por Luciano se unía al odio que sentía por Laroche; pero otra consideración la impulsaba también á ayudar á su hijo á recuperar sus derechos sobre la fortuna del ex comerciante. Pensaba que los millones que Juana heredaría de su padre serían también de Luciano, y que ella se aprovecharía igualmente de aquella fortuna con su hijo.
 La antigua gran señora vislumbraba ya un porvenir dorado. Al lado de su hijo, inmensamente rico, reanudaría la vida de placeres de otra época, aquella existencia que con tanto sentimiento había abandonado.
 —Voy á ponerme en campaña yo misma desde mañana, declaró la comadrona, y no dudo del resultado... Es imposible que tu mujer no dejase en

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Meudon, antes de marchar, algún indicio que nos pondrá sobre la pista. ¿Teníais algunas relaciones en el país?, preguntó ella.
 —Ninguna, contestó Luciano. No hubiera sido prudente, puesto que me ocultaba.
 —Es verdad. Pero no importa, yo me informaré. Soy conocida en todos estos contornos y á nadie sorprenderá verme buscar á esa criatura. Ello parecerá muy natural, dada mi profesión, y ya tengo explicaciones preparadas.
 Luciano estaba encantado de ver tomar á su madre la iniciativa en el asunto. No se le ocultaban las serias dificultades con que hubiera tropezado practicando directamente las investigaciones. Su situación con la policía paralizaba sus diligencias.
 —¿Dónde vives en este momento?, preguntó la comadrona. Necesitaremos vernos á menudo, casi cada día.
 —Me hospedo interinamente en Saint-Denis, anunció Luciano. Me han hecho esperar un empleo en una fábrica y estoy á la mira.
 —¿Por qué no vienes á instalarte aquí?, propuso la señora de Favreuse. Precisamente tengo un cuarto libre, el que reservo para mis pensionistas... cuando las tengo, lo que sucede raras veces; siempre estarás aquí mejor que en un cuarto de hotel, entre gente desconocida.
 Esta proposición sedujo al marido de Juana; sin embargo, creyó deber objetar:
 —¿Crees tú que mi presencia no daría que hablar á tus vecinos?
 —De ninguna manera, contestó la madre. Se sabe

en el país que la señora Rollinet, la comadrona, es viuda, y tengo el derecho de vivir con mi hijo. Te llamarás Luciano Rollinet, ni más ni menos... Hasta será más prudente.
 Las cosas quedaron prontamente convenidas de este modo, y Luciano se separó de su madre para volverse á Saint Denis.
 En el camino, el miserable reflexionó sobre el nuevo sesgo que su asunto iba á tomar.
 Se alegraba del apoyo de su madre; pero se sentía, sin embargo, presa de cierta inquietud.
 En su ignorancia absoluta de lo que había pasado desde su arresto, se preguntaba si aún tenía legalmente derecho de emitir pretensiones respecto á su hija. El Sr. Laroche, aquel comerciante tan serio y tan rígido, no era hombre para comprometerse á la ligera en un asunto. Sin duda había previsto la vuelta de su yerno, un día ú otro, y Luciano se preguntaba con angustia si no iba á tropezar en sus reivindicaciones con alguna disposición legal que le privase de sus derechos paternos.
 De pronto tuvo una inspiración.
 «Griffonnier me lo dirá—pensó—él debe conocer la ley sobre el particular.»
 Sin llegar á su casa, el licenciado se fué directamente á la isla de Saint Denis, á una taberna posada donde sabía que podía encontrar al expasante de notario.
 Eran cerca de las diez de la noche cuando Luciano penetró en la taberna.
 Algunos parroquianos de mala catadura ocupaban aún el saloncito ahumado, y como Luciano le explo-

raba al entrar, el posadero, que le reconoció por haberle visto varias veces con su inquilino, le preguntó sin abandonar el mostrador:

—¿Busca usted á su camarada?

—En efecto, contestó el marido de Juana.

—Acaba de subir á acostarse ahora mismo.

—Gracias, voy á verle.

—¿Sabe usted el número?

—No es el 18?

—El 18, añadió el tabernero. Cuidado con caerse en la escalera.

La casa sólo tenía dos pisos, y Luciano, que había encendido un fósforo, se encontró pronto en el rellano del primero. Por debajo de una puerta, delante de él, se filtraba un hilito de luz.

Llamó.

—¿Quién?, preguntó del interior la voz conocida de Griffonnier.

—Yo, abre, contestó Luciano.

La madera de la cama crujió y un ruido sordo de pasos dados por pies descalzos se dejó oír, y sin abrir, el ex pasante volvió á preguntar:

—¿Quién?

No había reconocido la voz de su antiguo camarada de Etampes.

—¡Favreuse!, contestó el marido de Juana casi en voz baja.

—¡Ah, eres tú!.. Bueno.

Griffonnier era prudente.

La llave giró entonces en la cerradura.

Luciano empujó la puerta y entró.

Griffonnier, que ya se había acostado cuando su amigo llamó, volvió á meterse en cama.

—Con tu permiso, dijo.

Y añadió:

—Da la vuelta á la llave... ¿Sabes? Aquí no está uno del todo seguro.

Luciano obedeció, y tomando la única silla que había en el cuarto, la acercó á la cama y se sentó.

El ex pasante, apoyado sobre el codo, miraba á su amigo con cierta sorpresa, preguntándose cuál podría ser el motivo de aquella visita á deshora.

—¿Qué te trae á estas horas?, preguntó.

—Vengo á pedirte un consejo, contestó Luciano.

—A tu disposición, amigo; ya lo sabes.

—Hay una cosa de la cual no te hablé nunca y que es necesario que sepas ante todo.

—Explícate. Un secreto, ¿verdad? Puedes tener confianza en mí.

—Estoy casado, dijo Luciano.

—¡Bah!, exclamó el ex pasante sorprendido. ¿Y ese es tu secreto?

—Sí..., casado desde hace cuatro años...

—Y bien..., dijo el astuto compadre notando una vacilación en Favreuse. ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?... ¡Desembucha, hombre!..

Luciano contó entonces á su camarada las circunstancias en que se había operado su detención. Dijo la posición de Juana en aquel momento y cómo, á su regreso, no había encontrado ni á su mujer ni á la criatura que estaba en visperas de dar á luz.

—Pero ¿las has buscado?, interrumpió Griffonnier. ¡Ah, era ese el negocio de que me hablabas el otro día al volver de la Chapelle!..

Luciano detalló entonces su viaje al Cepellón y su asombro al enterarse de que la criatura no había parecido en la quinta.

—¡Oh, la cosa es muy sencilla!, dijo Griffonnier; tu suegro la confiará á una nodriza en los quintos infernos, y no hay más que averiguar dónde.

—Sí, contestó Luciano; pero la cuestión no es esa. Admitiendo que descubro su paradero, ¿puedo apoderarme de ella?

—Sin la menor duda, declaró el ex pasante de notario.

—¿Crees que mi condena?..

—No tiene nada que ver para el caso, afirmó Griffonnier. Para privarte de tus derechos paternos, hacía falta una providencia especial; y si tu mujer hubiese intentado un proceso de separación—que hubiera ganado,—el fallo te hubiera sido comunicado en Etampes. Y nunca viste semejante cosa, ¿verdad?

—No, contestó el marido de Juana.

—Pues bien: como la ley sobre el divorcio aún no está votada, y tardará en serlo, sigues siendo á pesar de todo y contra todos el marido de tu mujer y el padre de tu hijo. Tienes el derecho de obligar á tu mujer á volver á tu lado, á menos de pedir judicialmente la separación, y de exigir que tu hijo te sea devuelto.

—¿Estás bien seguro de eso?

—Absolutamente seguro; no hay en el código un solo artículo que pueda privarte de tus derechos paternos, y yo, en tu lugar, apretaría al suegro de firme.

Luciano no había confesado al ex pasante la cri-

nal substitución que había empleado para casarse con Juana Laroche, ni la oposición que el rico comerciante había hecho á su matrimonio, y buscaba una razón plausible para explicarle la dificultad que presentaba para él un paso personal cerca de su suegro.

En el curso de su relación, había aludido á la gran fortuna de Laroche, y este detalle se había grabado inmediatamente en el espíritu de su antiguo compañero de Etampes. Éste, con su perspicacia, había comprendido en seguida el partido que podía sacar de aquella situación, y al ver el embarazo de su amigo, exclamó de pronto:

—¿Te sabe mal ir á ver á ese hombre? Lo comprendo, después de todo lo que te ha pasado... Probablemente te recibiría muy mal... Pero todo tiene arreglo en este mundo, y si quieres, yo iré á hablar con él.

—¿Te encargarías de ello?, preguntó Luciano.

—¿Por qué no?, contestó Griffonnier. Yo tomo entre manos tus intereses; tú serás mi primer cliente, y te aseguro que yo sabré lo que lleva el viejo entre ceja y ceja.

Luciano dió entonces al antiguo pasante todas las indicaciones necesarias y se convino que Griffonnier practicara una diligencia cerca del padre de Juana.

«¡Toma, toma!..—exclamó, una vez solo, el futuro agente de negocios;—la agencia que pienso establecer no empieza mal. ¡Un millonario!.. Siempre hay algo que hacer con los ricos... ¡Qué bien hice en seguir á mi camarada á Saint-Denis!»

Apagó la vela y se arrebujó en la cama, combinando ya su plan de campaña.

XIX

MAESE GRIFFONNIER

Cómodamente instalado en un departamento de primera clase de la Compañía de Orleans, Griffonnier iba á casa del Sr. Laroche.

El antiguo presidiario de Etampes estaba desconocido: parecía otro hombre. Para representar el papel de notario, se había dejado unas patillas cortas y afeitado bigote y barba. Una corbata blanca y una levita correctamente abrochada completaban el tipo.

Griffonnier iba solo; recostado en una esquina del coche, miraba distraídamente por la portezuela desfilarse el paisaje, pero su pensamiento estaba en otra parte, y el panorama que se desarrollaba á su vista con una rapidez vertiginosa no le interesaba mucho. Le absorbía enteramente la misión de que se había encargado y cuyo éxito, de que estaba seguro, debía reportarle serios beneficios.

A su lado, sobre el asiento, había colocado una gran cartera que parecía repleta de papeles, pero que, en realidad, sólo contenía periódicos viejos. El ex pasante había creído que aquel accesorio era indispensable para la perfección del aparato escénico.

De vez en cuando una sonrisa asomaba á sus labios; el negocio que había emprendido se le presentaba como absolutamente seguro.

«Ese Sr. Laroche es un bruto, según ha dicho Luciano; ¿qué me importa á mí su brutalidad? Ese antiguo comerciante no sabe á qué voy; por consiguiente, me recibirá, y una vez en su presencia, no tendrá más remedio que escucharme. Por lo demás, yo me encargo de hacerle prestar oído desde mis primeras palabras... ¡Ah, el buen hombre no tiene seguramente nada de listo!.. Ya podía pensar que su yerno saldría algún día de la cárcel y buscaría á su mujer y á su hija... Así como así, no se hace desaparecer á una criatura... La mujer, en rigor, poco nos importa; la que reclamamos es la niña. Porque, no hay duda, él es quien la ha escamoteado; su interés, en el caso presente, es demasiado visible. Sabe muy bien que los derechos del padre, el tutor natural, el administrador de los bienes de los menores, son imprescriptibles hasta la mayoría de los hijos. El señor Laroche ha querido evitar que su fortuna vaya algún día á parar á manos de su yerno, que la disiparía con tanta facilidad como el dote de su mujer. No digo que hasta cierto punto no tenga razón ese excelente comerciante en alcohol; pero no es cuenta nuestra. El yerno del Sr. Laroche no ha sido nunca declarado incapaz; el divorcio no existe; el único recurso que tiene es la separación, pero no ha sido pronunciada, y si tiene ganas de entablar un proceso á ese fin, nos quedará siempre el derecho de pedir la liquidación, en el tribunal. Si la niña existe, lo que es más que probable, pues no ha debido matarla, porque hubiera sido una imprudencia demasiado grande, esa criatura tiene derechos que su padre puede reivindicar. Sí, sí, el suegro no ten-

drá más remedio que capitular; yo me encargo de ello.»

Durante todo el resto del trayecto, el ex pasante de notario se abismó en sus reflexiones, grabando en su memoria todos los detalles que le había dado el marido de Juana, armando sólidamente todos los puntos de la argumentación de que iba á servirse, rememrando los textos de las leyes, y absolutamente seguro de sí mismo, se apeó en la estación de Segonzac.

La distancia que separaba el pueblo de la quinta habitada por el Sr. Laroche no era considerable; mas para presentarse bajo el aspecto más favorable á sus miras, Griffonnier, después de un copioso almuerzo, buscó un coche para hacerse conducir al Cepellón.

El dueño del hotel en que se había apeado pudo poner á su disposición un antiguo faetón algo des pintado, pero que no dejaba de producir su efecto. Para Griffonnier ofrecía la comodidad de poder hablar con el cochero, que iría sentado á su lado.

Con su pesada cartera debajo del brazo, el falso notario subió al coche y se puso unos lentes, que acabaron de dar á su fisonomía el aspecto clásico de los depositarios de la fe pública.

El cochero conocía perfectamente la finca del antiguo comerciante, y en el camino dió á su viajero los informes que éste le pidió, sobre todo sobre la fortuna del Sr. Laroche.

—¡Ah, ya lo creo que está rico el Sr. Laroche!, dijo el cochero. Mire usted, toda esa ladera, á mano derecha, es suya, hasta abajo, hasta el ovedal que usted ve; y los años de buena cosecha, es enorme lo que eso produce... Dicen que tiene al menos una decena de millones...

—¿Tiene hijos?, preguntó Griffonnier, que quería hacer hablar al hombre y esperaba recoger algún indicio de que poder sacar partido.

—No tiene más que una hija, que se casó en París, según dicen... Pero parece que hubo una historia, y la joven señora es como si fuese viuda.

—¿Su marido la abandonó?, preguntó el ex pasante.

—No se lo puedo afirmar á usted, declaró el cochero; porque, ¿sabe usted?, unos cuentan la cosa de un modo, otros la cuentan de distinta manera, y al fin y al cabo no se sabe nada de cierto. Lo único cierto es que la señorita Juana, porque se la sigue llamando así, vive sola con su padre en el Cepellón, y hasta dicen que está enferma...

—¡Enferma!, exclamó casi involuntariamente Griffonnier, á quien este detalle interesaba mucho.

—Sí, señor, confirmó el hombre; la prueba es que todas las semanas viene á visitarla un médico de Angulema; se hospeda cada vez en nuestro hotel, y yo mismo le llevo en coche. Y debe ser enfermedad seria, porque hace ya cerca de cuatro años que dura.

—¡Cuatro años!.., dijo el amigo de Luciano en tono compasivo. ¡Oh, pobre señora!

Luego añadió con marcado interés:

—¿Tiene hijos?

—Afortunadamente no, contestó el cochero, orgulloso de tener conversación con aquel señor de París que parecía tan respetable. Creo que el marido desapareció poco después de su matrimonio, y cuando el Sr. Laroche llegó al Cepellón, sólo le acompañaban su hija y tres criados. Y yo le aseguro que pueden vivir á sus anchas, porque la casa es inmensa. ¡Un palacio!.. Mire usted..., allí le tiene.

Y con su látigo, el cochero designó á Griffonnier la casa, que se divisaba á través de los árboles del parque.

Pronto llegaron delante de la verja, que estaba cerrada.

—¿Tengo que esperar á usted, caballero?, preguntó el auriga.

—Sí, sí, contestó el antiguo pasante; pero es probable que mi visita sea corta.

Saltó al suelo y tiró de un llamador de cobre que salía de una de las pilastras de la verja.

Oyóse el sonido de una campana y en seguida se presentó un criado.

—¿El Sr. Laroche está en casa?, preguntó Griffonnier.

—Sí, señor. Sírvase usted pasar y le avisaré... ¿A quién debo anunciar?

El ex pasante fingió buscar algo en el bolsillo de su levita.

—¡Ah, diantre!, exclamó en tono de contrariedad, me he dejado las tarjetas. Anuncie al Sr. Godefroy. Pero el Sr. Laroche no me conoce y mi nombre no le servirá de indicio alguno.

El Sr. Laroche estaba en su gabinete y recorría periódicos cuando el criado entró.

—Hay un señor que acaba de llegar en coche, dijo éste, y desea hablar con usted.

Juana, que estaba sentada enfrente de su padre al otro lado de la chimenea, no había hecho un solo movimiento a la entrada del criado.

Seguía con mirada vaga el movimiento de las chispas que se desprendían crepitando de un fuego de leña, y aquel espectáculo parecía tener para ella un misterioso atractivo, pues de vez en cuando asomaba á sus labios una sonrisa, una de esas sonrisas vagas y extrañas, sin motivo aparente, la sonrisa de los niños pequeños.

Por una especie de inconsciente intuición, la pobre joven no parecía complacerse sino al lado de su padre. Sin embargo, nadie hubiera podido decir hasta entonces si le había reconocido.

En sus miradas, siempre fijas, nada revelaba, al hablarle su padre, ni pena ni alegría. Las caricias y palabras tiernas del desgraciado Laroche no parecían hacer en ella impresión alguna, y sin embargo, prefería la compañía de su padre á la de toda otra persona.

Se pasaba todos los días al lado de él, y durante largas horas, tanto si leía como si escribía, le seguía siempre con aquella misma mirada de una fijeza espantosa, que parecía no ver.

El Sr. Laroche se medio volvió.

—¿Un caballero que pregunta por mí?, interrogó sorprendido. ¿Ha dicho su nombre?

—El Sr. Godefroy, contestó el criado; pero dice que usted no le conoce.

—Godefroy, repitió el antiguo comerciante; en efecto, este nombre me es desconocido. ¿Cómo es ese caballero?

—Parece notario ó cosa así; tiene un aspecto muy respetable, declaró el criado.

—Entonces, hágale usted pasar al salón, ordenó el Sr. Laroche; bajo en seguida. Diga usted á madama Honoré que venga al lado de la señorita.

El criado salió, y momentos después la enfermera, que desde hacía tres años no se había movido del Cepellón, vino á reemplazar al Sr. Laroche al lado de Juana.

El comerciante pasó á su cuarto, cambió el batín por una chaqueta y bajó al salón en que esperaba Griffonnier.

«¡Diantre!—pensó éste al ver entrar al Sr. Laroche,—no es el tipo que yo me figuraba. Va á ser más difícil de lo que yo suponía... En fin, allá veremos.»

Levantóse y se inclinó ligeramente.

—¿Es al Sr. Laroche á quien tengo el honor?.. preguntó.

—Servidor de usted, dijo el padre de Juana.

El antiguo comerciante examinaba al hombre que tenía en su presencia, tratando de recordar sus facciones; pero sus recuerdos permanecieron mudos. Decididamente no le conocía.

Desde el primer momento, hubo en el Sr. Laroche como una instintiva desconfianza de que él mismo se asombró, pues la actitud de aquel caballero era absolutamente correcta y nada en su fisonomía prevenía contra él. Tenía el aire de un hombre de ley cualquiera; debía ser notario, efectivamente, como se había hecho anunciar.

El antiguo comerciante indicó un sillón á Griffonnier, y éste tomó asiento, con su cartera sobre las rodillas.

—Caballero, empezó Griffonnier con gravedad, no tengo el honor de que usted me conozca, y no es por mi cuenta personal el haber solicitado de su benevolencia una breve entrevista.

La paciencia no era la cualidad dominante del Sr. Laroche, y las primeras palabras del supuesto notario determinaron en sus facciones una ligera contracción.

—¡Ah! ¿Le envía á usted otro?, preguntó él.

—Sí, señor; represento aquí á una persona que se ha servido confiarme sus intereses. Pero antes de entrar en el asunto de mi misión, permítame que le haga algunas preguntas.

—Hable usted, caballero, contestó el padre de Juana, á quien todos aquellos preámbulos empezaban á irritar.

—Usted tiene una hija...

El Sr. Laroche se estremeció. Iba á ser cuestión de su hija... ¿Qué podía haber de común entre su Juana y aquel hombre ó el que le enviaba?

—Sí, señor, tengo una hija, contestó algo secamente. ¿Y bien?

—¿La señorita Juana?

—Juana, en efecto, confirmó el Sr. Laroche.

Griffonnier sacó un papel que pareció consultar con atención.

—La señorita Juana Laroche, repuso, se casó en 1877 con el Sr. de Favreuse.

Al oír este nombre, el antiguo comerciante hizo un movimiento de cólera que no pudo reprimir.

—¡Por desgracia!, pronunció con voz sorda. ¡Miserable!

El amigo de Luciano pareció no haber notado aquel movimiento ni haber oído aquella exclamación, y continuó con la mayor calma:

—De resultas de circunstancias en cuyo detalle no entraré y que, por otra parte, no afectan en manera alguna al fin de mi misión, el Sr. de Favreuse se vió obligado á desaparecer...

El Sr. Laroche oprimía con sus dedos agitados por la cólera el terciopelo de su sillón.

¡De modo que aquel hombre venía de parte y en representación de su infame yerno!.. ¡Venía en nombre del miserable que le había robado á su Juana, del malhechor que era causa de la desgracia que envenenaba su vida!..

El padre de Juana tuvo un instante la veleidad de cortar bruscamente la conversación. Parecíale monstruoso tener todavía, aunque por mediación de tercero, relaciones de cualquier género que fuesen con aquel miserable que hubiera querido olvidar para siempre, y fué casi en un tono agresivo en el que exclamó:

—Entonces, ¿usted se presenta aquí en nombre de ese canalla?

El antiguo pasante no se dejó desconcertar por este exabrupto.

—Caballero, contestó, mi misión tiene un carácter de una naturaleza particularmente delicada, y por más quejas que usted tenga contra mi cliente, suplico á usted que me escuche con calma hasta el fin.

El tono algo seco de esta réplica sorprendió al Sr. Laroche.

¿Qué podía querer su yerno?

«¡Ah, ya caigo!—pensó;—ese perillán, hoy licenciado, quiere probablemente dinero. ¡Vamos á ver!» Y añadió en alta voz:

—¡Sea!, le escucho á usted, caballero. ¿De qué se trata?

—El Sr. de Favreuse, como decía á usted, repuso Griffonnier, al verse obligado á separarse de su mujer, la dejó en una situación...

—¡Sí, en la miseria!, rugió el padre de Juana, y en cambio del patrimonio materno de mi pobre hija, el miserable no le dejaba más que un nombre deshonorado para siempre.

—No es eso lo que yo quiero decir, repuso el ex pasante mirando al Sr. Laroche por debajo de los cristales de sus lentes; no aludía á esa situación.

—Entonces no le comprendo á usted, contestó el antiguo comerciante.

—¿De veras?, dijo el emisario de Luciano con cierta ironía. Estoy persuadido de que, por el contrario, ha comprendido usted lo que le quiero decir. La situación de la señora de Favreuse...

El Sr. Laroche se levantó bruscamente.

—¡Repito á usted, caballero, exclamó con su arrebato apenas contenido, que no le comprendo!.. ¿De qué situación habla usted?.. ¡Explíquese usted!

El antiguo pasante tuvo casi una risa burlona que acabó de exasperar al Sr. Laroche.

—Esta conversación me es muy penosa, declaró, y ruego á usted que la abrevie. Concrétese al asunto que le trajo aquí.

—Ya estaría hecho, caballero, contestó Griffonnier con una cortesía algo impertinente, si usted no hubiese empezado por fingir que no me comprendía, pero me explico perfectamente su actitud y no me sorprendo, porque lo esperaba.

El padre de Juana tuvo que hacer un violento esfuerzo para contenerse, y á pesar de toda su sangre fría, Griffonnier juzgó por el fuego que brilló en los ojos de su interlocutor, que quizá no era prudente enconar más la conversación.

—¡Explíquese usted!, exclamó el comerciante, pálido de cólera.

—Muy bien, replicó el ex pasante; puesto que las medias palabras no bastan, voy á explicarme claramente.

—¡Pues abrevie!, rugió Laroche volviendo á sentarse.

—Quiero decir, pues, repuso el licenciado de Etampes marcando bien las palabras, que el señor de Favreuse dejó á su mujer en una situación interesante... La señora de Favreuse iba á ser madre.

El padre de Juana dió un salto en su sillón.

—¡Madre!.., exclamó. ¿Qué dice usted?

El acento de estas palabras fué tal, que sorprendió un momento á Griffonnier.

«El hombre es más ladino de lo que yo creía—pensó.—Va á defenderse como un diablo.»

Y sin parecer preocuparse de la interrupción, continuó:

—El Sr. de Favreuse estima que su mujer debió dar á luz al día siguiente ó á los dos días de haber tenido que separarse de ella.

—¡Qué locura!.., exclamó el antiguo comerciante. ¡Juana, madre!.. ¡Juana, un hijo!.. ¡Vamos, hombre!..

—Usted debería comprender, caballero, repuso Griffonnier con su voz tranquila, que yo no hubiera dado cerca de usted un paso que tiene el don de sorprenderle tanto, si no hubiese tenido en mis manos pruebas convincentes de lo que afirmo.

—¿Usted se atreve á afirmar que mi hija?..

—Perfectamente, señor mío. Afirmo que la señora de Favreuse, bajo el nombre de Juana Laroche, dió á luz hace tres años una hija inscrita en el registro civil con el nombre de Jenny Laroche.

El antiguo comerciante exclamó con una risa nerviosa:

—¡Ah, ah! La historia hace honor á la imaginación que la ha inventado. ¿Y podría usted explicarme por qué mi hija, casada legítimamente con ese miserable cuyo nombre lleva por desgracia, hubiera declarado esa niña, admitiendo que fuese madre, bajo otro nombre que el de su marido?

—Ciertamente hubo en eso una irregularidad de que nos preocuparemos á su tiempo; pero no resulta menos cierto y probado que la niña nacida de su hija de usted, durante su unión con el Sr. de Favreuse, es ante la ley hija de éste... *Is pater est quem nuptia demonstrant*, dice el viejo adagio de derecho romano.

El ex pasante pronunció esta cita con verdadera solemnidad.

—¿Pero estoy yo soñando?.., murmuró el comerciante, dudando de pronto ante la tranquila seguridad de su interlocutor. Pero no, repuso en voz alta; hay en eso sin duda alguna nueva infamia de ese canalla... Quisiera arrebatarle mi hija otra vez, ¿no es eso?.., y por ella espera tener una parte de lo que poseo, pues era lo único que buscaba el miserable. Ha inventado ese cuento de una niña para crearse pretendidos derechos, y usted, caballero, se ha hecho su cómplice...

—¡Caballero!.., exclamó con altivez el antiguo pasante.

—O le ha engañado á usted. Ese malhechor se habrá aprovechado de una semejanza de nombre para inventar esa historia de una niña... Habrá pensado que la locura de mi pobre hija no le permitiría protestar contra las falsas alegaciones de ese infame.

Griffonnier había hecho á su vez un movimiento de sorpresa.

—¿Su locura?.., preguntó. ¿La señora de Favreuse ha perdido la razón?

—¡Ah! Bien lo sabe él, continuó tristemente el padre de Juana; sabe bien que su crimen fué la causa de la espantosa desgracia que desde hace tres largos años motiva mi desesperación, y si no se lo ha dicho á usted, es para mí una prueba de que toda esa fábula ha sido inventada de intento.

—Tengo el sentimiento de anunciar á usted, caballero, replicó el falso notario, que poseo las pruebas absolutas de todo lo que he afirmado; de lo contrario no me hubiera encargado de representar...

—¡Usted representa á un ladrón!, exclamó furioso el Sr. Laroche.

—Caballero, contestó fríamente Griffonnier, represento por cima de todo los intereses sagrados de una niña..., porque no se trata del Sr. de Favreuse, sino de la criatura nacida de su matrimonio.

—Pero comprenda usted que han abusado de su buena fe, repuso el padre de Juana. Cuando recuperé á mi hija, estaba loca é iba sola. ¿Qué habría sido entonces de esa niña, si existió?

—Precisamente es lo que vengo á preguntar á usted, caballero.

—¡A mí!, exclamó Laroche.

—Sí, señor; á usted, afirmó Griffonnier.

—¿Se burla usted de mí?

—No me burlo. La niña nació viable; hemos encontrado á la comadrona que asistió á la señora de Favreuse, y la existencia de la niña no puede ponerse en duda. Pues bien: esa niña ha desaparecido, y nos hemos visto obligados á buscar quién tenía algún interés en esa desaparición, *cui prodest?* Sólo usted ha podido concebir la idea de impedir que su yerno encuentre á su hija y de ponerlo así en la imposibilidad de reivindicar la parte de la fortuna de usted que, según la ley, corresponde á esa criatura.

—¡Yo, yo!, exclamó el Sr. Laroche sofocado y con una voz que la emoción hacía temblar.

Griffonnier se creyó vencedor.

«Le tengo cogido—pensó.—Su turbación me dice que acerté... De esto á confesar, no hay más que un paso.»

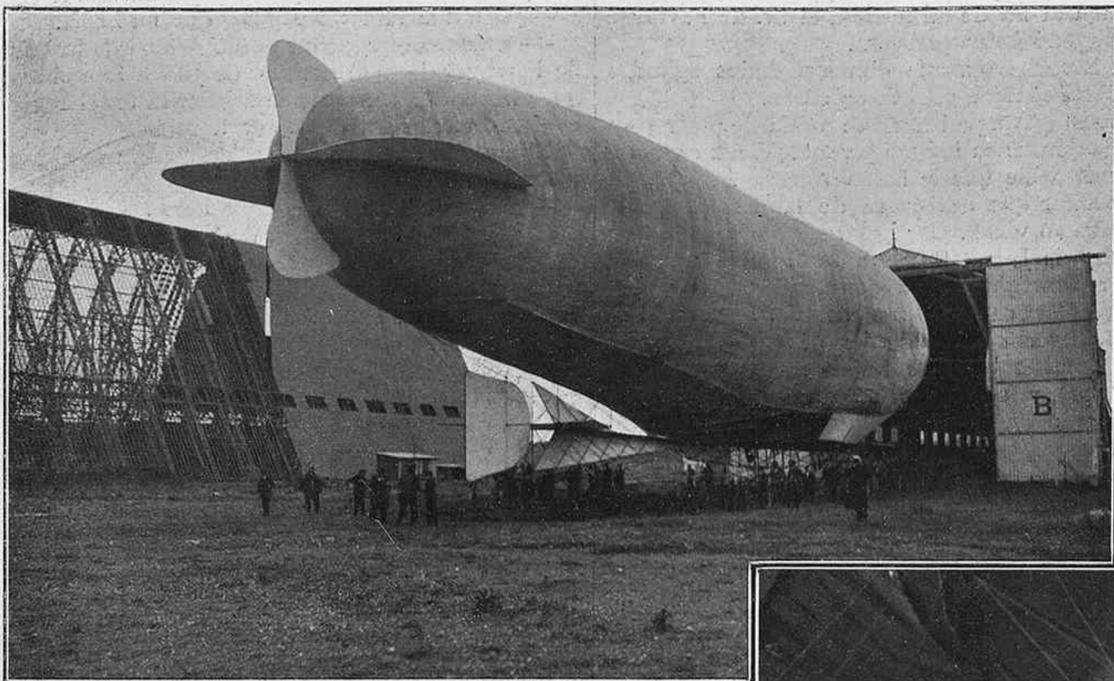
Y dijo en voz alta:

—Usted, sí; usted, usted solo. Y permítame que le diga que su conducta, en esta circunstancia, era natural que despertase sospechas.

(Se continuará.)

EL GLOBO DIRIGIBLE «RUSSIE»

Por encargo del gobierno ruso se ha construido en Francia, en los talleres de Lebaudy, el globo dirigible que ha sido bautizado con el nombre de *Russie*. Es del mismo tipo que el *Republique*, propiedad del gobierno francés, mide 52



El globo dirigible *Russie*, construido en Francia por encargo del gobierno ruso, entrando en su cobertizo de Moisson, después de efectuadas sus pruebas con gran éxito.

metros de largo, desplaza 3.700 metros cúbicos y sus dos hélices, movidas por un motor Panhard-Levasseur de 80 caballos de fuerza, le aseguran una velocidad de 60 kilómetros por hora.

El día 29 de mayo último, después de hechas la víspera las pruebas del motor y de las hélices con éxito satisfactorio, efectuó el *Russie* su primera salida, llevando en la barquilla á siete pasajeros: el hábil piloto Juchmés, los Sres. Blanchel y Landrin, los mecánicos Rey, Artal y Boutteville, y el teniente de navío de la marina danesa Sr. Ullichtz. A las cuatro y media de la mañana salió el dirigible del cobertizo de Moisson, y veinte minutos después ascendía por los aires. Elevóse en seguida á una altura de ciento cincuenta metros, y guardando un perfecto equilibrio encaminóse contra viento á Mousseau y Rolleboire, y después de haber realizado distintas evoluciones regresó á Moisson, en donde descendió con toda felicidad y con precisión absoluta, sin haber gastado ningún lastre en los treinta minutos que duró su viaje aéreo.

Al día siguiente realizóse el segundo ensayo del dirigible, en el que iban el piloto Juchmés, sus colaboradores Rey, Landrin y Planchin y tres delegados ingleses, á saber: el Sr. du Crot, diputado de Hastings, presidente de la comisión parlamentaria de navegación aérea; el coronel Catter, constructor del dirigible inglés *Nulli Secundus*, y el oficial Enrique Rodier. A las cuatro y media de la mañana el aeróstato fué conducido al lugar en donde había de elevarse, y á las cinco Juchmés dió la orden de soltar las cuerdas. El globo ascendió lentamente en medio de una niebla que apenas permitía verle á la altura de cien metros; esto no obstante, maniobró perfectamente entre Saint-Martin y la Roche Guyón

con perfecta estabilidad, sin bandazos ni cabeceos. A las seis empezó el descenso, que se efectuó con toda precisión, obedeciendo el dirigible dócilmente á la dirección del piloto.

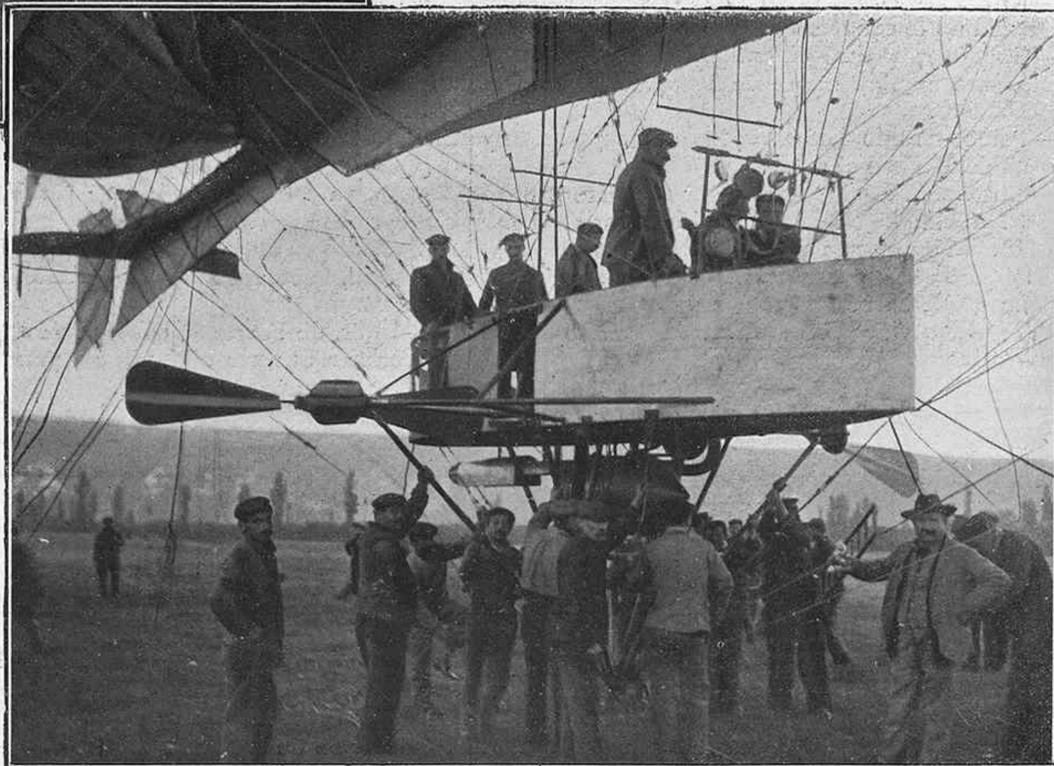
El día 31, á las cinco de la tarde, hizo una nueva salida tripulado por el citado piloto Juchmés, por el discípulo de éste L'Archer, el mecánico Rey, el conde de Marçay y el vizconde de Lachapelle. El *Russie*, con un tiempo magnífico y una atmósfera serena, elevóse á 300 metros, y después de varias evoluciones efectuó á las siete su descenso.

El resultado de los ensayos ha sido, por consiguiente, satisfactorio en extremo, y las pruebas á que ha estado sometido el dirigible demuestran que reúne todas las buenas condiciones que para tales aparatos se requieren.

EL RECORD DEL GLOBO DIRIGIBLE

EL ZEPPELIN II RECORRE 1.200 KILÓMETROS PERMANECIENDO 37 HORAS EN EL AIRE.—DESCENSO DESGRACIADO

A las nueve cuarenta y dos de la noche del día 29 de mayo último, el dirigible *Zeppelin II*, tripulado por su inventor y por siete personas más, salió de Friedrichshafen con el propósito de descender en Berlín, después de un viaje aéreo de 36 horas. Desde el principio, el viento y la lluvia dificultaron la marcha del globo, no obstante lo



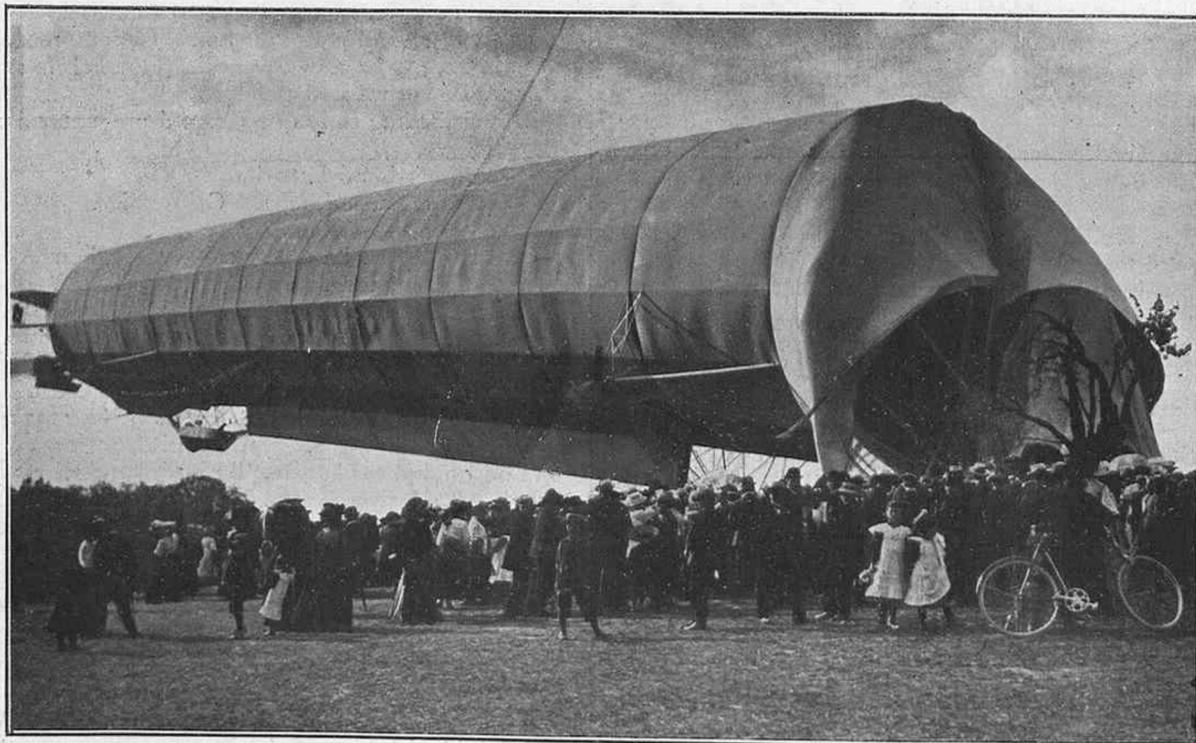
La barquilla del *Russie* en el momento de su primera ascensión. (De fotografías de M. Kol.)

cual éste fué avanzando con relativa rapidez y pasó sucesivamente por encima de Nuremberg, Erlangen, Bayreuth, Hof Plauen, Zwickau, Leipzig, Wittenberg y Bitterfeld. Al llegar á este último punto, en vista de la violencia del viento desistió de proseguir su viaje y resolvió regresar á su punto de partida.

En el entretanto, el emperador, al recibir el aviso telegráfico de que el *Zeppelin II* había pasado por Leipzig, marchó en tren, con la familia imperial, la corte y el estado mayor, á Tempelhof, en donde había de efectuarse el descenso del globo y en donde hallábase reunida una multitud de algunos centenares de miles de personas. Ocioso es ponderar el desencanto de toda aquella gente cuando supo que el *Zeppelin II* había emprendido su regreso á Friedrichshafen.

El aeróstato desde Bitterfeld se dirigió á Heilbronn y á Stuttgart, y al llegar á las montañas de Wurtemberg, después de treinta y siete horas y media de viaje, el conde Zeppelin decidió tomar tierra á fin de proveerse de la benzina que le hacía falta para recorrer los 110 kilómetros que aún le separaban de Friedrichshafen. El descenso se efectuaba con toda felicidad, entre Göppingen y Jébenhausen, cuando una violenta ráfaga de viento arrojó el globo contra un árbol, entre cuyas ramas quedó aquél preso. De pronto oyóse un formidable estrépito y se vió que la envoltura del aeróstato se había desgarrado en una longitud de 30 metros, que la armazón se había roto en una extensión igual y que habían estallado dos de los diez y siete pequeños globos que van dentro de la envoltura general. Inmediatamente se cortaron las ramas del árbol, se arrancaron los pedazos colgantes de la envoltura y con gran cuidado se dió vuelta al globo á fin de que presentara al viento la extremidad que había quedado intacta.

Reparadas provisionalmente las averías, pudo el *Zeppelin II* elevarse de nuevo y regresar felizmente á Friedrichshafen.—S.



Avería sufrida por el globo dirigible alemán *Zeppelin II* al descender á tierra cerca de Göppingen (Wurtemberg) después de haber recorrido en el aire 1.200 kilómetros en 37 horas. (De fotografía de Frankl.)

BARCELONA.—ASAMBLEA DE EDITORES Y LIBREROS DE ESPAÑA



Una sesión de la asamblea en el Salón de Actos del Ateneo Barcelonés. (De fotografía de A. Merletti.)

Al terminar sus trabajos el VI Congreso Internacional de Editores, que tuvo lugar en Madrid en el mes de mayo del año último, acordaron los editores españoles celebrar anualmente una Asamblea Nacional en las principales capitales de la península, con el objeto de estudiar los asuntos de interés general para la industria editorial y de la librería, habiendo sido designada Barcelona para la celebración de la primera.

La sesión inaugural revistió los caracteres de una gran solemnidad, puesto que además del considerable número de asambleístas, concurrieron los Excmos. Sres. gobernador de la provincia D. Angel Ossorio y el alcalde accidental D. Alberto Bastardas, quienes ocuparon la presidencia en unión del presidente efectivo de la Asamblea el editor D. Antonio J. Bastinos, dedicando ambas autoridades laudatorias frases por la labor que se proponía realizar la asamblea, confiando en los

beneficiosos resultados que había de producir en provecho de una industria cuyo objeto era, el de dar á conocer las obras de la inteligencia, llevándolas á los países que se expresan en nuestro idioma y con los cuales nos unen tantos lazos de afecto, que consideramos como hermanos.

Dos han sido los temas que se han sometido al estudio de los asambleístas, ambos de suma importancia, que han sido causa para ocupar por completo las tareas durante las seis sesiones que se han celebrado, adoptándose acuerdos de gran trascendencia que, sintetizados en conclusiones, se elevarán al gobierno de la nación para lograr las modificaciones y concesiones que se estiman necesarias y se desarrollarán por los centros iniciadores y organizadores de la asamblea.

Como recuerdo conmemorativo de ésta, se ha entregado por el Centro de la Propiedad Intelectual, á cada uno de los que en

ella han tomado parte, una hermosa medalla conmemorativa, modelada por el laureado escultor Eusebio Arnau, ejecutada en plata oxidada por los Sres. Ausió y Pérez, obsequiando además los editores y libreros de Barcelona á sus colegas de las demás provincias con un banquete de despedida en el magnífico salón de fiestas del hotel del Tibidabo, al que asimismo concurrieron las autoridades y las esposas é hijas de algunos de ellos, pudiendo gozar todos, desde la cumbre de aquella montaña que domina la ciudad, del bellissimo y extenso panorama que se descubre.

Como digno coronamiento de tan agradables festejos, el alcalde accidental Sr. Bastardas obsequió á los asambleístas, en nombre de la ciudad, con un *lunch*, después de haberles acompañado en la visita á los notables Museos creados y sostenidos por el Ayuntamiento.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago* y de los *Intestinos*, *Convalecencias*, *Continuación de Partos*, *Movimientos febriles* é *Influenza*.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que envía gratis su curioso librito.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA, EL

CRYSTOL TOCADOR

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas cura las *flores blancas*, las *me'ritis* y en general todas las *dolencias de las vias uterinas*.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el. El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

FUNDACIÓN CARNEGIE.—PREMIO A LOS HÉROES DE LA PAZ



Medalla que se concede en Inglaterra á los héroes de la paz premiados en virtud de la institución fundada por el archimillonario norteamericano Andrés Carnegie, quien la ha establecido asimismo en el Canadá, en los Estados Unidos y actualmente en Francia, á cuyo gobierno ha dado para este fin, cinco millones de francos. (De fotografía de World's Graphic Press.)

El archimillonario norteamericano Mr. Andrés Carnegie, á quien se denomina el rey del acero, ha estado recientemente en París, y antes de abandonar aquella capital ha hecho al gobierno francés un donativo de cinco millones de francos para la creación de premios que se otorgarán anualmente á los héroes de la paz. Igual institución ha fundado Mr. Carnegie en los Estados Unidos, en el Canadá y en Inglaterra, demostrando con ello, así como con otros cuantiosísimos donativos á las universidades de su país y aun á algunas del extranjero, cuán juiciosamente se ha portado en este caso la fortuna, al colmar de sus favores á quien tan buen uso sabe hacer de ellos.

Los cinco millones han sido depositados en el Banco de Francia, y ya están trazadas las principales bases en que ha de desenvolverse la realización de tan filantrópico pensamiento y nombrado en principio el comité que ha de ponerlo en ejecución. Entre las personas que formarán parte de ese comité, figuran los Sres. Loubet, Ribot, Bourgeois, d'Estournelles de Constant, Siegfried, el P. Lenire, el barón de Courcel y Carlos Wagner.

Durante su corta estancia en París, Mr. Carnegie ha sido recibido por el presidente de la República y por el Consejo de la Sorbona. En la sesión solemne que éste celebró en su honor, el Sr. Liard, vicerrector de la Universidad, pronunció un elocuente discurso ensalzando la generosidad de Mr. Carnegie y su modestia, de la cual ha dado tan potente prueba al no querer bautizar con su nombre, sino con el de los descubri-

dores del radium, otra de sus grandes fundaciones científico-filantrópicas, la de las Bolsas de los Curie. Comentando la obra del archimillonario, dijo, entre otras cosas, el Sr. Liard: «En el fondo, bajo vuestro sentido práctico, sois un idealista, un poeta, porque poeta no quiere decir, acaso, creador? «Los negocios, habéis dicho, no son la vida prosaica que la gente imagina, y el comercio, cuanto más próspero y útil, más tiene de novelesco. Los mayores triunfos mercantiles nacen del sentimiento y de la imaginación, sobre todo cuando se tiene por mercado el mundo.» Y efectivamente, vuestras grandes empresas han sido concebidas y realizadas como epopeyas.

»A esta filosofía de la ganancia habéis añadido, y esta es vuestra mayor originalidad, una filosofía del gasto...

»La riqueza en sí misma no vale la pena de ser buscada. Su adquisición, como fin, es «extremadamente innoble;» esta frase es vuestra. En manos del que la ha creado, y después de apartar la porción debida para atender á sus necesidades y á las de su familia, no ha de ser más que un medio de ser útil á sus contemporáneos. Lo que vos deseáis no es la fortuna transmitida, sino la energía de los cerebros y de las voluntades con los excitantes de la pobreza. Y cuando en las luchas económicas, entre muchos vencidos, la riqueza ha coronado los esfuerzos de algunos vencedores, vos imponéis á esos vencedores como ley que apliquen inmediatamente, en vida, la mayor parte de su conquista «al bien general de la comunidad.»

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cutis limpio y sano
Casa CANDÈS B^a St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

FUMIGATION
MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN